

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

16

OCTUBRE-DICIEMBRE

1944

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:
DR. ALFONSO CASO

H. señor Secretario General:
LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:
DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:
PROF. PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior.....	dls. 2.00
Número suelto.....	\$2.00
Número atrasado.....	\$3.00

Sumario

SYMPOSION SOBRE "EL DESLINDE" DE ALFONSO REYES

	Págs.
Juan David García Bacca	<i>El problema filosófico de la fenomenología literaria</i> 121

FILOSOFIA

Ernst Cassirer	<i>Antropología filosófica. La Ciencia</i> 135
Juan Roura-Parella	<i>Raíces del Arte</i> 153

LETRAS

Manuel Alcalá	<i>Del supuesto materialismo de Poe</i> 171
José de Santos Taveira	<i>Sobre Camoens y "Los Lusíadas"</i> 185

HISTORIA

F. J. Rhode	<i>El azulejo de la antigua capital de la Nueva España</i> 201
-----------------------	--

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

	Págs.
José Gaos	<i>Antonio Caso.</i> (Eduardo García Máñez.) 217
Eduardo Nicol	<i>The Foundation of Phenomenology.</i> (Marvin Farber.) 223

Letras

Ferrán de Pol	<i>Depois de Eça de Queiroz.</i> (Fidelino de Figueiredo.) 229
Ferrán de Pol	<i>La aventura y el orden.</i> (Guillermo de Torre.) 231
Julio Jiménez Rueda	<i>Archipiélago de Mujeres.</i> (Agustín Yáñez.) 232

Historia

Agustín Millares Carlo	<i>Hernán Cortés, sus hijos y nietos, caballeros de las órdenes militares.</i> (Manuel Romero de Terreros.) 235
Agustín Millares Carlo	<i>Vocabulario castellano zapotecco.</i> (Fray Juan de Córdova.) 237
Noticias 239
Publicaciones recibidas 243

El Problema Filosófico de la Fenomenología Literaria

Frente a ese mar de páginas, de datos literarios y científicos, de esquemas técnicos y estructuras fenomenológicas —en el que, como en los mares geográficos, chispean y cabrillean a la luz del sol de la razón ideas y más ideas, todas con aquel matiz entre solemne y suelto que Esquilo designa como “*sonrisa del mar, sonrisa no reducible a número*” (*Prometeo encadenado*)—, he optado por una actitud muy propia del mal nadador que soy: agarrarme muy en firme en ciertos puntos y pasar de una a otra de ciertas islas ideales, “*paréntesis frondosos en el período de la corriente*”, paréntesis ideológicos estrictamente tales que de seguro ha dejado don Alfonso, cual dejó la naturaleza las innumerables islas del mar Egeo: como puente entre dos continentes, cual puente entre literatura y filosofía.

Sólo que, para saltar de una a otra hace falta, como decía Nietzsche, tener las piernas suficientemente largas, que el camino más corto entre las montañas es el que señalan las cumbres.

Procuraré, pues, en este breve estudio saltar de isla a isla ideológica, a fin de dejarlas así, en virtud de este paseo, señaladas como *archipiélago* conexo de ideas.

I

Y sea como primera cuestión fundamental: *¿Es la teoría literaria un estudio filosófico y, propiamente, fenomenológico?*, como afirma explícitamente Alfonso Reyes (pág. 17).

Voy a llevar este punto en forma *aporética*, de pro y contra, pues, por de pronto creo que el mismo don Alfonso convendrá conmigo, a pesar

de nuestro común amor a la filosofía, en que la literatura tal vez sea bocado demasiado fino para métodos tan terriblemente severos, envarados y adustos como el de abstracción y el fenomenológico husserliano.

Y mis dudas se fundan en lo siguiente:

1) Se puede *intentar* evidentemente, hacer una teoría filosófica y fenomenológica de la literatura, pero tal *intento* no puede ser del mismo estilo que hacer una teoría filosófica y fenomenológica de las ciencias sobre el *ser* propiamente tal. Don Alfonso mismo reconoce en la página siguiente al texto citado que "*el estudio del fenómeno literario es una fenomenología del ente flúido*" (pág. 18). Y sirviéndome de otra frase del mismo Reyes, no sé en qué obra suya, tal vez tengamos que habérmolas en literatura con entidades de tipo "*alusivo y elusivo*"; elusivo, sobre todo, que nos eluden y se nos escapan. ¿A quién? ¿No será precisamente a la filosofía y más en especial a la fenomenología?

Y apuro la pregunta: si el tipo de entidad literaria o el tipo de realidad que da la función literaria a las cosas y entes de tomo y lomo, con esencias encima, es el de entidad alusiva, metafórica, el de "*explicación fantasmal*" (pág. 22), el de "*verdad sospechosa*" (pág. 139), y lo peor que le puede pasar a la poesía está en decir "lo que se está obligado a decir" (Valéry), "*en pisar tierra*" (pág. 192), es decir, en tocar en el ser, en las esencias, en la realidad, ¿no habría que discutir, ante todo y sobre todo antes de empezar, si un método filosófico y fenomenológico por agravante, hechos para habérselas con ser, esencias ideales o reales, entidades de tomo y lomo y en tomo y lomo, podrá dejar entre sus mallas pez literario que valga la pena, una teoría literaria que encierre elementos de importancia para la filosofía y para la literatura?

Y a fuer de amigo sincero de la verdad tengo a ratos la impresión que esta obra de Alfonso Reyes se parece a aquella maravillosa descripción literaria, *ininventable* por filósofos y menos aún por fenomenólogos, que da Góngora de las islas: "*paréntesis frondosos en el período de una corriente*". Así la teoría fenomenológica que Alfonso Reyes hace en este libro tal vez quede reducida a "*unos paréntesis ideales en el período, en la corriente caudalosa, rebotante y plagada de maravillosas especies con propia vida literaria, en el aquarium riquísimo de su inmensa experiencia y cultura literaria*".

Ese *ente flúido*, esa corriente literaria, capaz de arrastrar en sí y capaz de *hacer vivir en plan literario* hasta grandes trozos de matemáticas y teo-

logía, es, para mí, el gran mérito de este libro. Y el problema no es sencillo: "¿se puede crear un *aquarium literario*, un líquido *literario*, en que sean capaces de vivir con vida *literaria* las especies más petrificadas, las esencias más rígidas, los entes más acartonados y fósiles, cual teología, matemáticas, física?..."

Y creo que esta obra es de tal estilo. Y no, en rigor, una *teoría de la literatura*, un ambiente fenomenológico en que se pongan a prueba los entes literarios a ver cuáles resisten, sino al revés: un ambiente literario en que se ponen a prueba mil cosas científicas y filosóficas a ver si pueden *vivir literariamente*. Y los que sepan algún tantico de matemáticas, de teología, de física antigua y moderna... notarán que estos entes son capaces de tal género de nueva vida: *de vivir a lo literario*.

Ahora bien: es claro que si esta mi impresión fuese correcta, si este libro fuese un *aquarium literario* para entidades que corrientemente viven o están fosilizadas y catalogadas en ambientes asépticos y autoclaves abstractas, el *hecho* de tal obra depondría fuertemente a favor de mi tesis: que el fenómeno literario *no* es una *fenomenología* del ente flúido, sino una fluidificación de ciertos entes, una fluidificación de su verdad absoluta, eterna, inmutable, dándole forma de "*verdad sospechosa*".

Pero dejemos esta razón fundada en una *interpretación* de la obra y sus resultados y volvamos al plan racional puro.

2) Cuando uno se coloca en plan filosófico y especialmente fenomenológico no se puede dejar nada en plan de alusión, de indicación, de señal, de metáfora...; y menos aún reconocer que ciertas cosas y aspectos están colocados irremediabilmente en plan de alusión, de metáfora, de indicación. En efecto: ya Aristóteles exigía que toda palabra y conjunto de ellas no se quedase en estado *semántico*, de señalamiento, sino que pasase al *apofántico*, al declarativo e iluminador de lo que la cosa es. Y la filosofía posterior, no digamos Husserl, pedirá servirse en filosofía de conceptos claros, distintos y adecuados, de conceptos que sean como la piel misma de las cosas, sin equívoco posible, a proximidad mínima de lo que ellas son, ya que todo conocimiento filosófico pretende identificarse intencionalmente con lo que la cosa es. De aquí que hablar por metáforas, de uno mediante otro, sea tenido en filosofía por yerro fundamental. Al físico que pretendiese definir el cristal como "agua al fin dulcemente dura", tal como lo hacía Góngora, o al geógrafo que llamara a un estrecho: "bisagra entre dos mares", o a la espuma de las olas, "sonrisa del mar", los enviáramos cortésmente, no a pasear, pero sí fuera de la filosofía u ontología.

Pues bien: el lenguaje más o menos metafórico, la alusión dejada sutilmente en plan de alusión sin explicitación, la indicación lejana que no toque rudamente las cosas con el dedo, la adivinanza intelectual . . . son procedimientos esenciales a la literatura genuina que no se ponga en plan de psicología o descripción barata o científica disimulada. Y nótese cuidadosamente que la distancia que cada metáfora pone entre ella y la cosa es infranqueable. Entre la "no numerable sonrisa del mar" y la definición oceánica y física de las olas hay un abismo que no se puede salvar, porque si pretendemos salvarlo no cabe guardar la *continuidad* conceptual, propia de toda explicación filosófica que legalmente pasa de un género remoto a otro más próximo para terminar en una diferencia específica, pero todo ello dentro de una misma categoría, dentro del mismo árbol porfiriano. Y así decían los escolásticos, siguiendo en esto a Aristóteles, que los predicamentos son "primo diversa", primariamente e irreductiblemente diversos, lo cual venía a significar que no se puede mirar un concepto del orden sustancial a través de otro del orden accidental, ni la cantidad a través de la cualidad, ni la acción por medio del lugar . . . Es decir: no caben metáforas; al pan pan y al vino vino.

Pero ¿que *continuidad conceptual* puede haber entre estrecho y bisagra, si se evitan *sistemáticamente* los predicados metafísicos de cuerpo, substancia, etc.? Y ¿qué puede quedar de común entre *juego de dados y acción de pensar* ("toute pensée émet un coup de dés", Mallarmé), si evito de intento comparar ambas realidades desde el punto de vista "ser", que probablemente es el único que les queda en común? Y sin embargo, quien quisiera justificar esta metáfora y otra cualquiera a base de la conveniencia en predicados estrictamente conceptuales y encuadrados en una escala de *universalidad creciente*, mataría por su raíz misma la expresión metafórica y la literaria, aparte del ridículo inmenso y eterno en que caería.

Es decir: el plan categorial de hablar de las cosas y el plan estrictamente literario (dejando el ancilar, que, como explica don Alfonso, págs. 30-59, es secundario y eliminable de la teoría literaria propiamente tal) son radicalmente diversos. Por tanto: no cabe estudiar el fenómeno literario en plan filosófico y fenomenológico, si por fenomenología se continúa entendiendo el plan clásicamente husserliano —aunque a veces dudo que don Alfonso tome esta palabra en su sentido estricto y no le dé una interpretación *metafórica*, una variante *poética* del método filosófico—, pues de las metáforas, alusiones, explicaciones fantasmales, indicaciones a distan-

cia infranqueable... no cabe sacar por ninguna clase de abstracción ni paréntesis fenomenológico concepto alguno.

Y aquí tropezamos con una limitación esencial e invencible del método filosófico en todas sus formas: la expresión literaria, sobre todo en su forma superlativa que es la poética, esté escrita en prosa o en verso, metida en el crisol de la razón se volatiliza íntegramente sin dejar rastro de concepto alguno, sino a lo más alguna escoria de conceptos, escoria de sutil contradicción que suele hallarse fácilmente cuando uno se pone a discutir y penetrar conceptualmente la metáfora más corriente. ¡La de objeciones que pudiera oponer la ciencia a eso de que el cristal es agua dulcemente dura, o que las olas son no enumerable sonrisa del mar, o que pensar es jugar a los dados!...

Probablemente la crítica más severa que el bueno de Aristóteles creyó hacer de la doctrina platónica de las ideas, consistió en decir que no pasaba de *metáfora*. Y los buenos que en esta opinión siguen a aquel bueno son todavía innumerables y respetables.

Entonces se me preguntará: pues, y esas afirmaciones de que "lo literario se constituye por metáforas, que la alusión en distancia infranqueable, que el señalamiento no convertible en declaración... son esenciales a lo literario", ¿no son, por ventura, afirmaciones estrictamente filosóficas y resultados fenomenológicos? ¿No explican esas frases, y otras que hallaremos, la esencia misma de lo literario? Rigurosamente hablando, no.

Cuando digo, v. gr., que "el hombre es ser", que "el hombre es sustancia", que "el hombre es cuerpo"... y termino diciendo que "el hombre es animal racional"; que "el dos es número", que "el dos es número natural", que "el dos es número par"; que "la circunferencia es curva", que "la circunferencia es curva cerrada" y que "la circunferencia es curva cerrada con puntos todos equidistantes de uno interior"... y de todos estos casos saco la afirmación: "la explicación de la esencia de un ser se hace determinando la escala de predicados que van poco a poco estrechándose, disminuyendo en universalidad, hasta llegar a convenirle ajustadamente, hasta dar de él su última e inmediata diferencia", he hecho una afirmación que se realiza en *cada uno* de los pasos explicativos.

Pero si digo: "dos es mayor que tres", "tres es mayor que cuatro", "cuatro es mayor que cinco"... y, cansado ya de tanto disparate, añado: "todo lo dicho es falso", esta proposición es verdadera y su verdad se refiere a proposiciones que *todas* son falsas. Entre ella y las otras no hay continuidad sino *oposición irreductible*. Es una proposición de *otro orden*,

semejante a cuando el escéptico dice: "todo es falso", que puede ser esta proposición verdadera y asentarse sobre la falsedad de *todas* las demás proposiciones *especiales* que hablen de materia, de espíritu, de Dios, de números . . . Y que haya proposiciones de *órdenes diversos*, independientes entre sí en cuanto a verdad y falsedad es cosa en que no han reparado los filósofos y que quita todo valor a las refutaciones del escepticismo y del relativismo que el mismo Husserl, triunfalmente coreado por tantos y tantos, cree irrefutables.

Pues bien: de este estilo son las proposiciones que sobre la estructura de lo literario hemos sacado y sacaremos. No son propiamente filosóficas ni ontológicas, pues, aunque nada hubiera en las cosas que hiciere de fundamento para afirmaciones estrictamente ontológicas o filosóficas, cabría ese tipo de explicaciones metafóricas, se podría hablar de las cosas y seres por metáforas, por indirectas, por alusiones. La explicación metafórica o poética del universo es independiente de la metafísica; y así, aunque filosóficamente hablando, toda metáfora sea una falsedad ontológica, sobre tal sistema de falsedades ontológicas se funda la realidad poética, y las proposiciones que hablan de esta realidad poética no son comprobables filosóficamente, más aún, son filosófica y científicamente *falsas*, como es falso que "el dos sea mayor que el tres" y que "el tres sea mayor que el cuatro"; y, con todo, es verdad que "todas esas proposiciones son falsas", y de parecida manera es verdad "que la estructura metafórica, alusiva y elusiva es esencial a lo literario", y con todo esta proposición verdadera no es de estilo ni orden propiamente filosófico, pues no se asienta sobre nada ontológica o fenomenológicamente controlable; siempre, repito, que por fenomenología se entienda un método para resultados filosóficos sobre el ser o sobre el ser en cuanto objeto.

Ya pasa sin mayor escándalo en la filosofía moderna decir que los valores no son seres; tal vez se pueda esperar no lo cause mayor el afirmar que la estructura de lo literario no es entitativa. Y así como el orden real del ser puede estar contradiciendo al orden del deber ser —la injusticia de los hombres clama al cielo, clama contra los valores o el valor de justicia, y este su incumplimiento entitativo no deroga la validez de su valor—, de parecida manera: lo real de tipo *ser* puede estar en rebeldía y contradicción abierta con la expresión literaria —protestar airadamente el agua y los químicos de que se la trate como *crystal fluyente* . . .—; pero esta protesta real y entitativa en nada afecta al valor propio de lo literario y poético.

Tengo, naturalmente, conciencia de cuánto y cuánto se complican los problemas de todo orden cuando se admiten ciertos tipos de proposiciones de orden superior al filosófico, o cuando menos de orden diverso del filosófico. Pero, como la cosa no queda aquí y vamos a ver que el tipo de "verdad" y de "valor" de lo literario son radicalmente distintos de la verdad ontológica y de los valores corrientes —morales, religiosos, económicos...—, reservo para más tarde un intento de explicación, deseando que un espanto cure otro espanto.

II

El tipo de verdad literaria

Don Alfonso cita un maravilloso texto del Pinciano que no puedo resistirme a copiar, y a comentar.

"El objeto (de la poesía) no es la mentira; que sería coincidir con la Sofística; ni la Historia, que sería tomar la materia a lo histórico. Y no siendo Historia, porque toca fábulas, ni mentira porque toca Historia, tiene por objeto el *verisímil* que todo lo abraza. De aquí resulta que es un Arte superior a la Metafísica, porque comprende mucho más y se extiende a lo que es y a lo que no es." "Pues bien" —continúa Reyes— "el verisímil —más generoso que el actual verosímil— es aquí la ficción, cosa nueva que se añade a lo ya existente, puesto que la «poética hace la cosa y la cría de nuevo en el mundo»." (*Filosofía antigua poética*, 1546; *El Deslinde*, pág. 169.)

Pues bien: estrictamente hablando lo verisímil, en cuanto tipo de verdad original de lo poético, no es ni verdad ni semejante a verdad. ¿Puede ser *semejante* a la *verdad química* de esta proposición: "el agua se compone de oxígeno e hidrógeno", esotra poética: "el agua es cristal fluyente"?; o ¿puede haber *semejanza* alguna entre: "estrecho es paso angosto comprendido entre dos tierras y por el cual se comunica un mar con otro" (Academia) y "bisagra de dos mares" (Góngora)? Cuando decimos los hombres que "Dios es espíritu" decimos, en rigor, una proposición de verdad *verisímil*, semejante, a distancia infinita, del modo como en verdad Dios debe ser Espíritu. Pero entre una metáfora y su tipo de verdad —si es que insistimos en usar esta palabra—, y la realidad y su tipo de verdad ontológica no hay semejanza alguna, ni a distancia finita ni a distancia infinita.

Tampoco puede significar eso de *verisímil* lo mismo que *probable*, que es categoría del orden físico, de un orden en que no rige necesidad absoluta, pero integrado todavía de seres.

Ni equivale *verisímil* a *posible*, que es, de nuevo, otra categoría propia de los seres contingentes, en cuya esencia no entra la existencia, sean materiales o espirituales.

Posible, real, necesario forman una escala de modos de existir, cada uno más firme y alejado de la nada que el anterior. En total, ontología pura y simple. Por esto habla Aristóteles de "*posible según verosimilitud*" (*Sobre Poética*, 1451 a). Y el *verisímil* es categoría estética tan irreductible que el mismo don Alfonso echa mano de otra *metáfora* para explicar *poéticamente* lo que con conceptos ontológicos o fenomenológicos no es posible: "El *verisímil*, arsenal de engendrar nuevos mundos con el mínimo de datos reales!" (pág. 169). ¿Por qué no habrá *órdenes ascendentes de metáforas* que expliquen metafóricamente o *poéticamente* otras metáforas? ¿Y no constituirían esos órdenes de metáforas el equivalente del orden de los predicados entitativos: elementos para una explicación de las esencias de los seres?

Mas ¿qué es lo *verisímil*? Encuentro en Aristóteles una frase que tal vez pueda ayudarnos. "No consiste la obra peculiar del poeta en decir las cosas como pasaron, sino cual desearíamos hubieran pasado" (*Poética*, *ibid.*); ni, consiguientemente, en decir las cosas como son, ni como pueden ser, aunque en realidad no sean, sino como lo desearía nuestra facultad optativa, el hombre de deseos raros y sorprendentes, el mago que todos llevamos por dentro.

Por este motivo dice Aristóteles, en el lugar citado, que la faena de la poesía es *más esforzada*, exige mayores arrestos que la de la historia, pues se trata nada menos que de re-crear el universo según un nuevo plan, según el plan de nuestros deseos, haciendo de él y de sus seres —envarados en esencias y fósiles de verdad eterna— un Mundo de Hadas. Por aquí va aquella frase de nuestro Ortega y Gasset, cuando decía que "la metáfora es el único instrumento o trebejo de creación que Dios se dejó olvidado en nosotros"; y se lo dejó "olvidado", pues ¡hay que ver la de cosas, a veces bien irreverentes para Él y para la moral y religión, no digamos para la ontología, que han inventado los poetas!

Pero volvamos al plan serio, que dicen por ahí los filósofos.

La verdad de tipo ontológico lleva siempre consigo una cierta imposición o deber ser: el de *deber ser afirmada*. En cambio: la verdad estética,

que vamos a llamar verosimilitud —sin recalcar nada eso de "*similitud*", pues ya se va viendo que no existe entre ella y la verdad ontológica o filosófica—, no nos impone semejante exigencia. Podemos leer tranquilamente, ingrátidos, sin pesadillas de condenación intelectual, sin remordimientos de juez que no da sentencia favorable o afirmativa, las cosas más venerandas cuando se las coloca en otro plan, las más severas, cuando se las dice en teoremas, las más seguras y firmes, cuando se trata de verdades físicas, que la facultad estética las oye "*como quien oye llover*", con una atención sin tensión, con una complacencia suelta, sin preocuparse de si en ontología o metafísica serán verdaderas o falsas. Es decir: lo literario presenta su contenido sin el *valor de verdad o falsedad*. Y consiguientemente, verdad y falsedad, en el sentido filosófico de las palabras, nada tienen que hacer en estética y en literatura, y eso que en estos modos de expresión, al igual que en ontología o fenomenología, se emplea la palabra y hasta se da una cierta comunidad de estructuras verbales.

Esta desconexión entre *ser y verdad* que opera la literatura, sobre todo su forma por excelencia que es la poesía, nos confirma una vez más en la opinión de que el método filosófico nada tiene que hacer con cosas que están hechas de manera que *no tienen que ser* ni verdaderas ni falsas, que no poseen, para decirlo con la fraseología clásica, el atributo transcendental de *verdad*.

III

Valor estético y valores

De parecida manera, es fácil de ver que lo literario no presenta valores o contravalores —celos, amor, justicia, orden, providencia, honor, misterios...—, con la exigencia natural a los valores, que es la de *deber ser realizados* a costa de nuestra carne y sangre, a cargo y cuenta de nuestro bolsillo a veces, ni ofrece los contravalores con la exigencia imperativa de *deber ser evitados*, aunque nos cueste la vida, de deber ser reprobados aunque se hallen en las personas oficialmente más sagradas y cordialmente más queridas. Nada de eso se halla en la presentación que de todos ellos hace lo literario. Por tanto, esta virtud *des-valorativa* separa radicalmente lo literario de lo moral, de lo religioso, de lo social, de lo jurídico, aunque todo esto pueda aparecer como tema literario y de hecho haya aparecido.

Pero no hay duda que lo literario, al igual que otras artes, posee un cierto valor que ha dado en llamarse valor estético. Valor un poco extraño, pues por él no tenemos que pagar precio alguno, ni siquiera el de afirmación o cordial aprobación. Pues entonces ¿por qué llamarlo valor? Claro que en este punto se está resintiendo la filosofía de la falta de imaginación de los filósofos, y de su inconmensurable y casi universal desconocimiento de los secretos de creación encerrados en ese *trebejo de creación* que Dios dejó al desgaire en nosotros y que es el lenguaje usado poéticamente. Pero dejando este punto aparte, diría brevemente y sin pretensiones de agotar un punto sobre el que yo mismo no me siento demasiado seguro, que el valor estético se integra al menos de dos componentes: a) Uno *negativo*, que es, desde el punto de vista metafísico, un *contravalor*, a saber, desconectarnos y librarnos de todo *deber ser*, de esos imperativos tremebundos y remordientes que lleva consigo todo valor religioso, moral, económico, que apuntan descarada e insistentemente a nuestro bolsillo, a nuestra vida real, a nuestra vida futura, a nuestros placeres, a nuestro ser. Lo cual, visto desde el punto de vista metafísico, es evidentemente un *contravalor*, pues es negar delicadamente a los valores su *deber ser*, sus imperativos sobre nosotros, y hacernos con un reino de Hadas, con un Paraíso artificial, donde pueden ellos aparecer mudos y sin voz de mando, sin permitirles ni por señas trompeteos mandones. La *irreverencia* incluida inevitablemente en todo arte no ha sido clasificada aún por los moralistas como pecado grave, pero en el fondo encierra una mayor desconsideración que todos los pecados reales juntos, y además una demostración de que los valores corrientes —y aquí entran todos, religiosos, morales...—, no tienen ese carácter de *absoluto* que a veces parecen presentar. A los seres quita lo literario su valor de ser *verdad*; y a los valores, su constitutivo de *deber ser realizados*. b) *Positivo*, que me parecería consistir en “*lo deseable*”, no por un deseo que se despepite y desviva por lo real, sino al revés: por una facultad desiderativa de ese tipo y planes que he llamado “convertir el universo de *seres* en un paraíso de hadas”, en un Paraíso *artificial*, en que no haya más leyes sino las de nuestra gana, ni otras verdades sino las imaginaciones que configuran las cosas “*cual hubiésemos deseado que fueran*”, no precisamente en este mundo real —pues por el mero hecho de caer en él, lo más deseable se trueca en dura y brutal realidad—, sino en otro, *purificado* de toda realidad y sus leyes físicas, metafísicas, fenomenológicas o existenciales, y que nos hemos inventado, cuando menos como anhelo extrañísimo, contra toda ontología y ciencia.

Y dando una vueltecita a una deliciosa metáfora antigua que Alfonso Reyes trae a punto, diría: somos como la Ío de la fábula, que nos sentimos reales, seres, encerrados en una envoltura de ser, de verdad y de valores, pero que nos sabemos no ser, no cosa, no realidad ontológica, y vamos, por la poesía, huyendo de nuestros propios mugidos reales, de esas terribles afirmaciones eternas y universales, y de esas tremebundas valoraciones que nos amenazan hasta con tormentos eternos o con vida eterna. Y ¿no consistirá a lo mejor la muerte *real* en dejarnos en esotro tipo de realidad sutil que es nuestra naturaleza poética, en un soñar íntegramente todo y nosotros íntegros? Que cuando despertamos al orden del ser, bien sabemos lo pesado, machacón, insistente y mandón que se vuelve con todas estas zaran-dajas de verdad y valor. Y ¿qué va a poder Ser alguno sobre quien al morirse a lo real de sí se quede en ingrávido e irreal soñador?

Todo esto ha podido ser dicho no en proposiciones filosóficas, sino en lenguaje más o menos literario, y lo que le falta de *deseable* es exactamente lo que le falta para llegar a *literario*. Pero antes de sacar la conclusión final de este artículo y darlo así por terminado, voy a servirme de una metáfora, de una ley física transportada y levantada del orden pesado de lo físico al ingrávido de lo poético.

Dicen los físicos —y es verdad como un templo, como el templo del sistema astronómico en que vivimos— que los campos gravitatorios que al rededor de sí fija cada cuerpo celeste, se componen con los de los demás y hay una cierta línea y superficie de *nivel*, más o menos compleja y rara de figura, en la que no predomina la atracción de ninguno de los cuerpos y, por tanto, el que la siguiera se pasearía por el universo sin caerse en astro alguno, en funambulismo maravilloso. Lo difícil es llegar hasta esa línea o superficie de equilibrio intergravitatorio. Pues bien: parece como si los filósofos, y más los fenomenólogos de nuestros días, se hubieran propuesto andar no por esa línea de nivel entre astros y astros, sino por la línea de mayor gravitación, bien al ras de cada cosa, tocándola, desojándose en ella, *definiéndola*, que es andar por su piel y superficie más inmediata; sin caer en cuenta que existe otra línea equidistante, de nivel, en que uno evita las cosas, y las evita por las *mismas* leyes por las que uno se acerca y cae pesadamente sobre ellas. Y creería que la poesía ha descubierto algo así como unas líneas de *nivel intereidético*, de *equilibrio interentitativo*, por las que nuestra facultad desiderativa puede caminar dándose un paseo más maravilloso que el del hombre que descubriera esa superficie de nivel entre los astros, se subiera a ella y anduviese por los *aires*, por el éter o campo

gravitatorio, libre de caídas y de andar cayéndose como nosotros, por querer andar sobre un astro solo. Y es claro que en tal *superficie de nivel* no predomina ni la verdad ni la falsedad, ni el valor ni deber ser alguno, como en esa real superficie de gravitación que existe según la física entre los astros, ni hay atracción ni peligro alguno de caídas.

Pero estoy además convencido que para hablar de esa superficie poética del universo total —entitativo, moral, religioso, físico...—, no sirve el lenguaje filosófico ni la descripción fenomenológica, sino el lenguaje propiamente literario, la metáfora sistemática o eso que llaman alegoría. Y que las hay de diversos órdenes, como hay en filosofía principios supremos e ideas más generales que otras.

El escollo de la poesía está en decir "*lo que se está obligado a decir*", en pisar tierra (pág. 192); y pregunto a mi querido y envidiado amigo y literato, Alfonso Reyes, si el escollo de todo su libro no estará en haber querido pisar tierra fenomenológica.

Puede que en algún momento no le hayan faltado las tentaciones de hacerse el fenomenólogo; pero me parece, por mis experiencias en este terreno, que por fenomenología no ha entendido eso de Husserl, sino que ha trabajado con una *fenomenología literaria*, con una fenomenología convertida en *metáfora literaria*; de ahí que entre esta obra suya y las *Investigaciones lógicas* de Husserl, por ejemplo, haya más de un año de luz de distancia.

Por fin, me permito hacer a don Alfonso una sugerencia. ¿Por qué demonios ha evitado la palabra tan "fenomenológica" de "*definición*" y emplea la de "*deslinda*"? Recuerdo que cosa parecida le pasó a filósofo tan pesado como Aristóteles, al intentar *definir* la tragedia, que tuvo que usar no de la palabra que en griego dice "definir" sino de la de "*delimitar*", que es el equivalente de "*deslinda*".

Y otra cosa: ¿por qué no *deslindar* literatura y música? ¿No andan en mayor peligro de confundirse música y poesía que literatura, teología, matemáticas y demás cosas reales e idealizables?

"Este es mi óbolo, Fedro, esta mi contribución al Amor", termina diciendo Pausanias en el *Banquete*. Y ésta es mi contribución y óbolo al conjunto de comentarios que la revista FILOSOFÍA Y LETRAS dedica a la obra de Alfonso Reyes: *El Deslinda*.

JUAN DAVID GARCÍA BACCA